

EL CONSUMISMO INFANTIL

Vivimos en la sociedad del consumo. En ella, alrededor de la tercera parte de los adultos tiene problemas para controlar el dinero que gasta, incluso cerca del cinco por ciento llega a ser adicto al consumo de forma patológica.



En los países desarrollados, casi todos nosotros somos consumistas en mayor o menor grado, aunque no lleguemos a presentar patologías. En algún momento nos ha costado discernir entre la compra necesaria y la compulsiva, nos hemos dejado influenciar por una publicidad que estimula a vivir por encima de las propias posibilidades, hemos creído que nuestro prestigio social está determinado por lo que poseemos, o hemos querido llenar el vacío que crean las frustraciones y las insatisfacciones recurriendo a la adquisición de bienes materiales.

Los niños son grandes observadores del comportamiento consumista de los adultos de su contexto social, sobre todo de sus padres. Ellos se convierten en el modelo a seguir y, progresivamente van asimilando sus comportamientos para imitarlos.

Si los adultos del entorno tienen todo lo que se anuncia en televisión, el niño desea lo mismo para él. Desde muy pequeño distingue perfectamente entre los objetos anunciados para niños y para los adultos. Los niños son los destinatarios preferidos del sector publicitario porque son fácilmente manipulables y, abusando del deseo de los padres de ofrecer "lo mejor" a sus hijos, mandan un continuo bombardeo de anuncios para estimular el deseo de poseer bienes materiales de los pequeños, anhelo que nunca queda satisfecho y conduce a incrementar las exigencias de los niños.

Por otra parte, la publicidad también pretende mostrar a los padres lo que deben ofrecer a los hijos para que, supuestamente, sean felices. Incluso los padres más responsables no pueden evitar plantearse dudas respecto a si sus hijos tienen todo aquello que necesitan. Les basta observar a otros niños para creer que no ofrecen las mismas posibilidades a sus hijos si no compran "lo último del mercado" y, con frecuencia, compran objetos sin que los niños expresen que los desean, incluso algunos que los hijos nunca hubieran pedido.

Los padres también estimulan el afán consumista de los hijos cuando quieren agradarlos a toda costa en el menor tiempo posible. Lo mismo ocurre cuando les ofrecen bienes materiales para compensar el poco tiempo que pasan con ellos, o para evitar conflictos y reproches. Es frecuente que el padre y la madre pasen demasiadas horas fuera del hogar trabajando para conseguir más dinero con el que consumir servicios y objetos materiales para la familia y, sobre todo para los hijos. En esta rueda nefasta del trabajo para el consumo, muchos padres llegan a culpabilizar explícita o implícitamente a los hijos por la

situación, perjudicando las relaciones afectivas familiares y el desarrollo emocional de los pequeños.

Saber que este tipo de problemas es común en la mayoría de familias de clase media, no implica que los padres deban conformarse con esta situación. Su responsabilidad como primeros responsables de la educación de los hijos debe conducirlos a definir estrategias que les protejan del consumismo, transmitiendo los valores adecuados para convertirse en personas seguras de sí mismas, y ayudándolos a vivir de forma plena y feliz.

En general, hay unas pautas que conviene seguir:

- No permitan que nadie, y menos los medios de comunicación, les diga lo que es mejor para sus hijos.
- No comparen a sus hijos con los demás niños. Cada ser humano es único y tiene unas capacidades y necesidades diferentes a las del resto.
- Tampoco se dejen llevar por una “competición consumista”, comprando solo para que sus hijos tengan más que los demás.
- Cuidado con las expectativas exageradas. No utilicen a sus hijos para cumplir sus deseos de prestigio o reconocimiento. Mediten sobre la diferencia entre lo que ustedes desean y lo que desean sus hijos.
- Recuerden que nunca podrán satisfacer los deseos de compañía, cariño y dedicación de sus hijos con bienes materiales.
- No confundan el amor de padres con satisfacer los deseos materiales de sus hijos. En muchas ocasiones, una demostración de amor puede ser decir “no”.
- Cuando vayan a comprar algo, mediten si verdaderamente sus hijos lo necesitan o lo desean.
- Ofrezcan a sus hijos muchas oportunidades para realizar juegos activos y creativos que desafíen el desarrollo de sus capacidades
- Satisfagan sus necesidades de exploración y conocimiento del entorno sin recurrir al consumo.
- Limiten el tiempo que pasan viendo televisión y cualquier otro tipo de actividad pasiva y sedentaria. Ofrezcanles actividades motivantes como alternativa.
- Muchos objetos de “usar y tirar” hacen la vida más fácil y consiguen beneficios, por ejemplo, en la higiene. Sin embargo, esta característica se está extendiendo demasiado trasladando el mensaje de que “nada tiene valor para permanecer en el tiempo”.

- En la medida que su capacidad lo permita, implíquenles en la elaboración del presupuesto familiar, haciendo previsión de los ingresos y los gastos de acuerdo a las necesidades reales de la familia y evitando gastos superfluos.
- Eduquen a sus hijos para que se conviertan en consumidores críticos, racionales y solidarios con el medio ambiente.